

SANTIDAD

“En cuanto yo opino, en cuanto vosotros conocéis, en cuanto creemos, no hay ninguna santificación divina y auténtica sino por la gracia del Espíritu Santo” (Sermón 8, 17). Los tres grandes pilares de la santidad, de la perfección son: Dios, su voluntad y el amor, vividos en lo cotidiano. Por eso la perfección que se nos propone no consiste en retiros ni en grandes mortificaciones. De lo que se trata, por parte del hombre, es de cristianizar todos los ambientes y tomar conciencia de que todos los hombres están llamados a ser perfectos. Agustín tiene como especialidad la vida, por eso no se separa ni un ápice de lo que es importante para la vida; él apuesta por la salvación del hombre entero y propone a cada persona el gran ideal de su perfección sin arrancarle de su situación concreta, sino siendo fiel a la misma situación que le toca vivir. En esta situación Cristo siempre está en la primera línea; es Cristo el que santifica a los fieles y es santificado con ellos.

La consecuencia que se deriva de ser miembros de Cristo es participar de la santidad de la Cabeza. El cristiano ha recibido como don la santidad; es Dios el que santifica, pero santifica en su cuerpo. Ser miembros de Cristo, es ser santos, y el que diga que no lo es será ingrato con Cristo-cabeza, dado que se es santo porque Él santifica. De esta verdad se deriva un compromiso de fidelidad: “Si se hicieron miembros de su Cuerpo y, no obstante, dicen que no son santos, injurian a la Cabeza al no ser miembros santos de ella” (Comentario al salmo 85, 4). Es dentro de la Iglesia donde son justificados; Cristo es el Justo y el justificador: “No justifica sino en su Cuerpo, que es la Iglesia” (Carta 185, 40). Sólo Cristo es la santidad y el fin verdadero del hombre: “Luego nuestro fin debe ser nuestra perfección; y nuestra perfección es Cristo. En Él nos perfeccionamos porque somos miembros de su Cabeza” (Comentario al salmo 54, 1).

Cristo deifica al hombre por medio de la gracia. La santidad de los cristianos es la santidad de Cristo, ya que la espiritualidad agustiniana proclama la unidad de Cristo con todos y de todos con Cristo. Cristo gime en sus miembros y se alegra con ellos. Agustín es un hombre que ha vivido una experiencia múltiple y esto mismo le ha capacitado para comprender los diversos estados en que se puede seguir la voluntad de Dios; lo importante será la pertenencia a Cristo y la aceptación de la voluntad de Dios, manifestada en Cristo que se ve en la Sagrada Escritura. Por tanto, “si queréis vivir vida cristiana y piadosa, es una necesidad la unión con Cristo en lo que se hizo por nosotros, ya que esta es la manera de llegar a Él en lo que es y ha sido siempre” (Comentario a Juan 2, 3). Los cristianos siendo miembros unidos a la cabeza, son raza elegida, ciudadanos del cielo, de aquella ciudad donde la ley es la caridad, la norma la eternidad y el rey la verdad: “Constituye a los hombres (la verdadera religión) en ciudadanos de otra ciudad, cuyo rey es la verdad, cuya ley es la caridad cuya norma es la eternidad” (Carta 138, 17). En el libro de La Ciudad de Dios especifica más lo que es la ciudad celeste a la que se encaminan los peregrinos que forman el cuerpo del Cristo total y que van construyendo a medida que viven en el dinamismo de la caridad y dice que “allí la victoria es la verdad; el honor, la santidad. Allí la paz es la felicidad; la vida, la eternidad” (Ciudad de Dios 2, 29, 2).

Siendo verdad lo dicho anteriormente, no obstante, quiere inculcar a todos que cualquiera puede llegar a la perfección y que todos tienen que llenar una medida ante Dios. Pero, la perfección no es objeto de imposición, sino que cada uno debe aceptarla por amor y esto implica esfuerzo, trabajo, no es algo dado gratis sin más, ya que, aunque es verdad que “todo proviene de Dios, sin que esta afirmación signifique que podamos echarnos a dormir o que nos ahorremos cualquier esfuerzo o hasta el mismo querer. Si tú no quieres, no residirá

en ti la justicia de Dios. Pero, aunque la voluntad no es sino tuya, la justicia no es más que de Dios... Quien te hizo sin ti, no te justificará sin ti” (Sermón 169, 13).

La gracia es la coronación de la propia obra y todo el proceso de ascensión a Dios es obra conjunta de la gracia y de la voluntad humana. A Dios hay que pedirle una vida santa y la vida eterna; sabiendo que la santidad consiste en amar: “Sin temor de ninguna clase pide la vida santa y la vida eterna; la primera para merecer a Dios aquí, y la segunda, para ser coronado por Él allí. Pero ¿en qué consiste la vida santa? En amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente, y amar al hermano como a ti mismo” (Sermón 154 A, 6). En definitiva, la tarea es estar vigilantes en el amor. Si la santidad es una empresa a la que todos estamos llamados, somos infieles a esa vocación si no nos preocupamos por su logro.

El drama de la existencia cristiana es el drama de la perfección, que se convierte en drama de la fe, en la tragedia del adherirse, del amar y del esperar sin ver con los ojos de la carne: “Todos los que quieren vivir piadosamente según Cristo, necesariamente soportarán oprobios, necesariamente serán perseguidos por aquellos que no quieren vivir piadosamente, y de quienes toda su felicidad es terrena” (Comentario al salmo 122, 8). A decir verdad, el problema no está en que los paganos defiendan no sé qué cosas y pongan en tela de juicio las dimensiones de fe de los cristianos, el verdadero problema que le quita el sueño son los cristianos que confiesan una cosa de palabra y cumplen otra en la vida práctica, es el problema de la mediocridad y la incoherencia; el problema, por tanto, está en el divorcio entre la vida y la fe. Los que se llaman cristianos tienen que demostrarlo con sus obras, ya que el cristianismo no es una ideología, sino una forma de vivir, es decir, una vida, y será en la vida, en las costumbres, donde se ha de mostrar lo que se es: “Quienes se llaman y no son, ¿de qué les aprovecha el nombre, si no tienen la realidad? ¡Cuántos se llaman médicos y no saben curar! ¡Cuántos se llaman serenos y se pasan toda la noche durmiendo! Así muchos se llaman cristianos y no aparecen tales en sus obras, porque no son lo que se llaman, es decir, en la vida, en las costumbres, en la fe, en la esperanza, en la caridad” (Comentario a la carta de Juan 4, 4). El cristiano ha de serlo a carta cabal.

Vivir sólo de Dios, vivir contento con Dios, no es fácil; el cristiano tiene que pasar por el mundo sin apegarse a nada ni a nadie, y aunque no desprecia los bienes de la tierra, porque son creación de Dios, se le pide que haga un recto uso de ellos. El aparente fracaso del cristiano, como aparente fue el fracaso de Cristo en su carrera mortal, radica justamente en la fe, en la invisibilidad, a los ojos de la carne, del Dios que se sienta y mora en el corazón y del amor que vitaliza el camino de la perfección. Quien no cree no puede sacrificarse, ni amar, ni entregarse por pura filantropía. Quien no cree tiene que rebelarse contra los males existentes en el mundo, y contra Dios que los permite, porque sin fe no existe ni verdadero temor, ni verdadera esperanza, ni verdadero amor. Quien se adhiere en cuerpo y alma a la fe, quien acepta convencido y complacido esa voluntad de Dios, quien crea realmente y espera, no puede menos de amar, y en su amor va implicado el sentido de toda su ascética y de su vida de unión con Dios: “Amemos, pues, a nuestro Dios, amémonos en la unidad del mismo Dios, tengamos paz en Él y amor entre nosotros, para que, cuando venga el mismo Cristo, nuestro Señor, podamos decir: Señor, con tu ayuda hicimos lo que nos mandaste; por tu misericordia danos lo que nos prometiste” (Sermón 154 A, 6).

Evidentemente la perfección, el llamarse y ser justo, no es fácil y exige esfuerzo, pero si se cree, se ha de vivir en consecuencia con esa creencia, y estará Dios con él, venciendo con él. Para el hombre sólo Dios es suficiente, sólo Él basta, dado que Él es la

felicidad y la dicha, lo importante será reelegirle para unirse a Él: “Él es fuente de nuestra felicidad, es meta de nuestro apetito. Eligiéndole a Él, o mejor reeligiéndole..., tendemos a Él por amor para descansar cuando lleguemos; y de este modo somos felices, porque en aquella meta alcanzamos la perfección. Nuestro bien no es otro que unírnos a Él... Este es el culto a Dios; ésta, la verdadera religión; ésta, la piedad recta; ésta, la servidumbre debida sólo a Dios” (Ciudad de Dios 10, 3, 2).

La clave de todo estará en la aceptación de la voluntad de Dios, que no es otra cosa que el ser recto de corazón. Aceptar la voluntad de Dios, que es aceptar el misterio del mal y de los malos en el mundo, que sirven para corrección y perfeccionamiento de los buenos: “¿Quiénes son los rectos de corazón? Quienes no atribuyen al acaso las cosas que soportan en la vida para medicina suya, sino al propósito de Dios; ni presumen de su propia justicia, pensando que sufren injustamente lo que sufren; ni creen que Dios es injusto porque padecen menos los que pecan más” (Comentario al salmo 63, 18). De lo dicho se deduce que los rectos de corazón son los que en todo momento se adhieren al querer de Dios por encima del propio querer y, por tanto, aceptan bienes o males como venidos de la mano de Dios. Pero como Dios hace todo para bien de los que le aman, será necesario aprender a dar gracias en todo momento. Él aconseja a sus fieles a que siempre enderecen su corazón a Dios. Los rectos de corazón tienen que aprender a leer la voluntad de Dios en todo lo que acontece en la vida, de esta manera, podemos decir, que las personas están unidas a la voluntad de Dios. Todo el error de la vida espiritual está en no saber leer con los ojos de Dios la realidad cotidiana. La voluntad de Dios es como una regla inmutable, a la cual tiene que acomodarse todo para estar en orden, por tanto, en no encajar con la voluntad de Dios se encuentra todo el error de la vida espiritual y sólo nos corregiremos de este error si nos adherimos en todo a la voluntad divina: “La voluntad de Dios es como una regla. Mira, piensa que torciste tu regla... Mientras hay una regla inalterable tienes un medio de enderezar y corregir tu deformidad, tienes un medio de alinear lo que en ti está torcido” (Comentario al salmo 93, 18).

En el fondo lo que nos quiere decir es que la diferencia entre los de corazón recto y corazón torcido está en la mayor o menor adhesión a la voluntad de Dios. Para el de corazón recto, las adversidades y las alegrías, los sufrimientos y los pesares, las ingratitudes o las correspondencias, todo ha de verse venido de la mano cariñosa de Dios, que corrige solamente a quien ama, porque quiere hacerle el máximo bien: “Deslígate, pues, de sus hechizos ahora; apercíbete para seguir la voluntad divina, vive colgado de Dios. Arrímate a Él, a quien no perderás sino queriendo... ¡Oh alma! Ninguna cosa puede bastarte si no es quien te ha creado. Dondequiera pongas la mano, hallarás miseria; sólo puede bastarte quien te hizo a su imagen... Sólo allí, en Dios, puede haber seguridad; y donde puede haber seguridad habrá una como hartura insaciable. Porque ni te hartarás de modo que quieras dejarlo, ni ha de faltar nada que puedas echar de menos” (Sermón 125, 11).

